

vistos. *Qui legit, intelligat. Qui polest capere, capiat.*»

Esto prenotado, y por tales motivos acuciados, nos atrevemos a salir al palenque intelectual en donde se ejercitan los campeones de la Esclavitud mariana, desprovistos de la ciencia, erudición y arte de tanto otros comentadores del Beato Grignon, como los H. M. Gebhards, s. m. m., como los Nazarios Pérez, S. J., los Bañeras, O. M. C., los Gorrichos, C. M. F.; pero ansiosos de escudriñar lo que dice el Beato Luis que tenga relación más directa con la Esclavitud que él profetizó y que nuestra santa Madre la Iglesia desea ver realizada en el mundo.

No pretendemos hacer disquisiciones teológicas, tal vez sea esta orientación de los expositores no poca parte a esconder el verdadero espíritu monfortiano. Nosotros suspiramos por leer tratadistas que estudien *La Verdadera Devoción* con el espíritu que desea el P. Faber, cuando dice: «Examínela quien quiera por sí mismo, y cuando vea las transformaciones que produzca en su propia alma, presto se convencerá de la casi increíble eficacia de esta devoción como medio para la salvación de los hombres y para la venida del Reinado de Cristo.» No reprochamos que los teólogos marianos hallen en las gallardas afirmaciones del Beato Luis motivos más que suficientes para remontarse en alas de su ingenio y sabiduría a las plácidas y serenas alturas del cielo mariano; pero nos será grato en extremo topar con esendriñadores de esta nueva Jerusalen, los cuales se decidan a encontrar y saborear los fecundos destellos de lo sublime que el Beato deja presentir en su precioso libro, al decir del mismo P. Faber: «en él se encuentra, si se me permite expresarme así, cierto sentimiento de algo inspirado y sobrenatural, que crece a medida que se le va estudiando, y, cuando uno lo ha leído ya repetidas veces, llega a notar que nunca envejece su novedad, ni disminuye su abundancia, ni acaba jamás el aroma y el sensible fuego de su unción.»

Permitidme que lo diga como lo siento y se me ocurre: ¡Qué bien buceaba el fervorosísimo P. Faber en este tranquilo mar de la Verdadera Devoción a María! ¡Y qué bien